

¿Pueden los adventistas creer en la evolución teísta y al mismo tiempo proclamar el mensaje de Apocalipsis 14:6-12?

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1)* La doctrina de la creación ocupa un importante lugar en el mensaje y en la misión de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Hay dos motivos para ello. Primero, los adventistas creen en una creación absoluta; segundo, sienten el compromiso de proclamar el mensaje de los tres ángeles de Apocalipsis 14.

La filosofía adventista de los orígenes afirma que Dios creó el mundo en siete días. Los adventistas no le dan cabida a la evolución en su credo, ni a la teoría naturalista, ni a la teísta. No solamente aceptan que Dios es el Creador, sino también creen que él tomó la forma humana para llegar a ser nuestro Redentor, como dice Juan: “En el principio ya existía el Verbo... Todas las cosas fueron hechas por él. Y nada de cuanto existe fue hecho sin él” (Juan 1:1-3, 14).

Por esa razón, al proclamar el Evangelio, los adventistas enfatizan tanto la creación como la redención. Este énfasis es predominante en su fidelidad al evangelio eterno de Apocalipsis 14, donde se nos da la siguiente descripción: “Entonces vi a otro ángel que volaba por el cielo, con el evangelio eterno para predicarlo a los que habitan en la tierra... Decía a gran voz: *“Adorad al que hizo el cielo y la tierra...el mar y las fuentes de las aguas”* (Apocalipsis 14:6, 7, bastardilla suplida). En este mensaje para los últimos días, el evangelio eterno hace un llamado para adorar al Creador. En este contexto, es clara la razón por la cual los adventistas no pueden aceptar ninguna explicación evolucionista para el origen del universo.

El origen desde el punto de vista de la evolución

La evolución explica el origen de la vida de una forma; el Génesis, de otra. La evolución enseña que la vida se originó y se desarrolló por sí misma durante períodos de tiempo muy largos. El Génesis enseña que la creación tuvo lugar en seis días¹. El concepto del origen de la vida al azar, o el desarrollo de la vida al azar, o ambos, o cualquier combinación de ellos, se opone al mensaje de los tres ángeles. Consideremos cómo explican las tres ramas de la evolución el origen de la vida.

Primero, la evolución naturalista (o atea) presupone que toda realidad existente,

desde las formas de vida más simples hasta las más complejas, desde la partícula viva más elemental hasta la vida humana, se generó simplemente con una combinación de átomos, movimiento, tiempo, y el azar.

Segundo, la evolución deísta considera a Dios como el iniciador del proceso evolutivo. El produjo la primera materia viviente y él programó el proceso

El mensaje adventista ante la evolución

Marco T. Terreros

al fecundar la materia con las leyes que la regulan en su desarrollo subsiguiente. Luego, Dios se abstuvo de toda participación activa, convirtiéndose en una especie de “Creador emérito”².

Tercero, la evolución teísta va más allá de la versión deísta al reservarle a Dios el derecho de intervenir en el desarrollo del proceso evolutivo. Debido a esta característica y a su pretensión de armonizar satisfactoriamente el relato bíblico de la creación con la ciencia moderna, la evolución teísta es el modelo dominante entre los eruditos evangélicos contemporáneos. Por lo tanto se merece una consideración mayor.

La evolución teísta

La evolución teísta presupone que “todos los procesos materiales están gobernados y dirigidos divinamente; [y que] los procesos evolutivos no son la excepción”³. La evolución no es un fin en sí misma; es sólo el medio a través del cual Dios trae a la existencia toda forma de vida en el universo. Es el “modus operandi”⁴ de Dios. Es la “continua expresión de la estrategia de Dios” para el desarrollo de su creación⁵ o el método por el cual Dios actúa en el mundo⁶ por medio de una creación *continua*.

En el esfuerzo por lograr una armonización satisfactoria entre las

enseñanzas de la Biblia acerca del origen de la vida y las enseñanzas de la ciencia, particularmente en lo que se refiere a los largos períodos de tiempo que requieren todas las ramas de la evolución, se han propuesto varias teorías. Entre ellas se incluye la teoría de la reconstitución o de la brecha⁷, la teoría de la equivalencia entre un día y una era o la teoría de la edades geológicas⁸, la teoría artística o literaria⁹, y la teoría de las genealogías condensadas¹⁰.

La evolución, en cualquiera de estas formas, socava la validez del meollo del mensaje de los tres ángeles, las buenas nuevas del evangelio. Dichas nuevas son buenas sólo porque la situación de aquéllos a quienes se las envían es desesperada. A los pecadores les ofrece el perdón; a los que están bajo condenación les provee la salvación. Pero en el proceso evolutivo no hay caída, no hay pecado; solamente un progreso continuo. Los rasgos animales presentes en los seres humanos pueden ser vencidos por medio de la educación y la cultura. Por lo tanto, no hay necesidad de un salvador. Inclusive la singularidad de Jesús puede explicarse desde el punto de vista evolutivo. El profesor Ernan McMullin, de la Universidad de Notre Dame, escribe: "Cuando Cristo tomó la forma humana, el ADN que lo convirtió en hijo de María, pudo haberlo conectado con una herencia más antigua, la cual se extendía mucho más allá de Adán, hasta las superficiales aguas de mares de una antigüedad inimaginable"¹¹. Si esto es cierto con relación a la primera venida de Cristo, no podemos esperar que nuestra esperanza con respecto a su segunda venida pueda alguna vez convertirse en realidad.

Sin embargo, la segunda venida con su juicio es el punto focal de Apocalipsis 14, el cual añade una nueva dimensión al exaltamiento que el Antiguo Testamento hace de Dios como el Creador. De allí que la creación y el juicio constituyen el motivo escatológico del mensaje de los tres ángeles. Si el mundo no glorifica a Dios por lo primero, tendrá que temerle por lo segundo. Este patrón es evidente en las tres proclamaciones angélicas. El primer ángel exalta al Creador; el segundo llama la atención sobre el falso sistema que niega a Dios; el tercero se refiere al juicio venidero. Los redimidos adorarán a Dios por su amor al crear; los impíos temblarán debido a sus juicios justos.

La creación y el juicio.

El juicio no es sólo una enseñanza del Apocalipsis; por el contrario, se extiende junto al concepto de la creación por toda la Biblia. La contaminación de la creación original acarrió el primer juicio universal divino, el diluvio. Los juicios finales de Dios sobre este Planeta son enviados para "destruir a los que destruyen la tierra" (Apocalipsis 11:18), con el propósito de revertir lo que sucedió durante la caída y crear un cielo y una tierra nuevos.

El apóstol Pedro se refiere con palabras muy fuertes a este tema de la creación y del juicio. Los que se burlan de la intervención de Dios en la historia de la humanidad: "intencionalmente ignoran que en el tiempo antiguo, los cielos fueron hechos por la Palabra de Dios, y la tierra surgió del agua y fue establecida entre aguas. Por eso el mundo de entonces pereció anegado en agua, y los cielos y la tierra de ahora son conservados por la misma Palabra, guardados para el fuego del día del juicio, y de la destrucción de los hombres impíos" (2 Pedro 3:5-7).

El punto de vista de Pedro es simple. La historia siempre ha tenido sus escépticos. En los tiempos antiguos estaban los que "deliberadamente" olvidaron que Dios creó la tierra y que llevó a cabo su juicio sobre la maldad por medio de un diluvio universal. De manera similar, en el fin de la historia prevalecerá el escepticismo respecto a Dios como Creador y Juez. En nuestros días, una fuente mayor de este escepticismo es la teoría de la evolución. Efectivamente, es parte del "vino del furor" (Apocalipsis 14:8) de Babilonia con el cual el mundo está embriagado.

Creación y evolución: el debate actual.

Actualmente, como parte del renovado interés en la relación entre la ciencia y la fe cristiana, se lleva a cabo el debate entre el creacionismo y el evolucionismo. Esto se hace evidente en la formación de nuevas organizaciones, tales como la Fundación John Templeton con su Centro de Información de la Teología de la Humildad (Ipswich, Massachusetts), establecido en 1993. Este centro, cuyos miembros fundadores incluyen las más renombradas autoridades del mundo en materia de ciencia y religión, sostiene que la teología es incapaz de lograr una comprensión clara de los misterios del universo (de ahí el nombre de "teología de la humildad") y por ello necesita dirigirse hacia la ciencia para encontrar respuestas.

Otra organización, más antigua, es el Centro para la Religión y la Ciencia, en el cual tanto los científicos como los teólogos juntos están dedicados a la evolución sin renunciar a su fe en Dios. Basado en la Escuela de Teología Luterana, el centro publica la revista *Zygon*, que sostiene la evolución teísta.

Otra publicación periódica dedicada casi exclusivamente a promover la evolución teísta es *el Journal of the American Scientific Affiliation*. Dicha afiliación, con sede en Ipswich, Massachusetts, cuenta con más de 1.000 miembros doctorados. Aunque fue inicialmente organizada con el propósito de promover el creacionismo, la afiliación ha experimentado una "evolución" en su propio seno hasta convertirse en una promotora de la evolución teísta.

En el nivel individual, podemos percibir un cambio significativo en el estado actual del debate sobre la creación-evolución; desde una posición de completa negación a una admisión pública de respeto por una creación especial como una alternativa viable para explicar el origen de la vida. Pero esto no significa en ninguna manera que el debate haya concluido. Entre los personajes que están en el centro de la atención en Norteamérica se destacan Howard Van Till (Calvin College), Ernan MacMullin y Alvin Plantinga (ambos de la Universidad de Notre Dame), Philip Johnson (Universidad de California) y William Hasker (Huntington College). Se podría decir que Van Till, MacMullin y Hasker están en una esquina del cuadrilátero, mientras que Plantinga y Johnson están en la otra.

El primer grupo argumenta en favor de la macroevolución; el segundo señala la ineficiencia de la selección natural y defiende la viabilidad de la intervención divina especial para explicar la complejidad de la vida sobre el planeta. El segundo grupo no aboga por una creación *ex nihilo* (de la nada) con una cronología corta. Esta opción ha sido rechazada hace mucho tiempo, y se tacha a los que la defienden de extremistas y fundamentalistas. Plantinga y Johnson argumentan más bien en favor de que se le permita a Dios interactuar con el mundo natural.

De esta manera, la tendencia actual es doble: en primer lugar, favorece la creación progresiva para la cual se requiere la intervención divina, no solamente para explicar las formas de vida originales, sino también para introducir los primeros individuos de los grupos mayores de vida en una creación que se desarrolla

